

Fecha: Viernes 25 de julio 2025

Lugar: Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Módulo 2

Lenguajes y narrativas socio ecológicas en el contexto del cambio global.

Maestra: Yuliana Ortiz Ruano

Clase: Construcción de historias: La travesía del manglar

1. Introducción

El encuentro dirigido por la escritora y mediadora cultural Yuliana Ortiz tuvo como eje transversal la reflexión sobre la lectura como derecho, la literatura como herramienta de emancipación y el territorio como archivo vivo de la memoria colectiva. A través de una metodología participativa y situada, la facilitadora vinculó experiencias personales, referencias históricas y ejercicios de escritura, con el propósito de fortalecer la identidad cultural de las participantes y promover prácticas de lectura crítica y sensible.

El espacio se desarrolló en un ambiente de diálogo horizontal, donde el conocimiento no fue impartido de forma unidireccional sino construido colectivamente a partir de las vivencias y percepciones de las asistentes.

2. El manglar como territorio de historia y resistencia

Uno de los conceptos centrales planteados por la profesora Yuliana Ortiz fue el del manglar como metáfora identitaria. Más allá de un ecosistema, se lo presentó como territorio de supervivencia, memoria y comunidad, donde históricamente los pueblos afrodescendientes y costeros han desarrollado formas de vida en resistencia.

El manglar fue descrito como:

- **Archivo ecológico** de saberes ancestrales.
- **Refugio físico e histórico** de quienes escapaban de la esclavitud o la marginalización.
- **Símbolo de lo colectivo**, pues en él ninguna especie vive de forma aislada.

Esta noción sirvió como punto de partida para reflexionar sobre la relación entre **naturaleza, identidad y escritura**. Se enfatizó que **escribir desde el territorio** no es solo representar un paisaje, sino reconocerlo como **sujeto político y narrativo**.

3. Conexiones afrocaribeñas y redes de pertenencia

Yuliana Ortiz estableció paralelismos entre Esmeraldas (Ecuador), Guadalupe (Caribe francés) y otros territorios afrodescendientes, evidenciando cómo comparten:

- **Procesos históricos de colonización y resistencia.**
- **Prácticas culturales comunes**, como el uso de lo oral, lo festivo y lo espiritual en la vida cotidiana.
- **Lenguajes híbridos y matizados**, donde conviven lo africano, indígena y europeo.

Se destacó que estas conexiones no deben entenderse como coincidencias aisladas, sino como parte de una misma geografía de la diáspora, la cual encuentra en la literatura un medio para reconstruir vínculos y disputar narrativas hegemónicas.

4. La lectura como derecho y como acto político

Un componente clave de la sesión fue la reivindicación de la lectura como derecho fundamental, no solo en términos de acceso a libros, sino como capacidad de interpretar el mundo.

La profesora Yuliana Ortiz subrayó que:

- La mediación lectora debe ser **afectiva y situada**, no impositiva.
- Leer no es únicamente comprender textos escritos, sino **escuchar voces, reconocer silencios y registrar gestos comunitarios**.
- La literatura no debe ser tratada como lujo intelectual, sino como **herramienta de dignificación**.

Se planteó que **la democratización de la lectura** pasa por ampliar la noción misma de libro y texto, reconociendo **las narrativas orales, las historias familiares y los relatos populares** como formas legítimas de documentación.

5. Ejercicios participativos: escritura desde la experiencia

Durante el encuentro se desarrollaron actividades en las que las participantes fueron invitadas a evocar recuerdos, nombrar lugares significativos y reconocer sus propios archivos emocionales. Se propuso escribir desde la cotidianidad, evitando la idealización o el artificio literario.

Los ejercicios buscaban:

- **Despertar la conciencia de autoría.**
- **Validar la experiencia personal como material narrativo.**
- **Fomentar la confianza en la palabra propia.**

Yuliana Ortiz insistió en que **toda persona que recuerda y narra, escribe historia**, aunque no la registre de forma formal.

6. Reflexión sobre personajes, lenguaje y estilo

Se discutió el modo en que los personajes literarios nacen del vínculo con el territorio. No se construyen como figuras ideales, sino como cuerpos que habitan el barro, el mar y la calle. Asimismo, se cuestionó la idea de “neutralidad lingüística”, subrayando que el lenguaje siempre porta marcas de clase, raza y geografía.

Se incentivó a las asistentes a escribir desde su propio registro lingüístico, sin imitar modelos ajenos impuestos por cánones eurocéntricos.

7. Conclusión

El encuentro permitió comprender que leer y escribir no son actos meramente intelectuales, sino profundamente políticos y comunitarios. La literatura, cuando se conecta con el territorio y la memoria, se convierte en herramienta de afirmación identitaria y de resistencia frente al silenciamiento histórico.

La propuesta de la profesora Yuliana Ortiz invita a descolonizar la práctica lectora, ampliar la definición de archivo y reconocer en cada cuerpo, voz y paisaje una fuente válida de conocimiento.

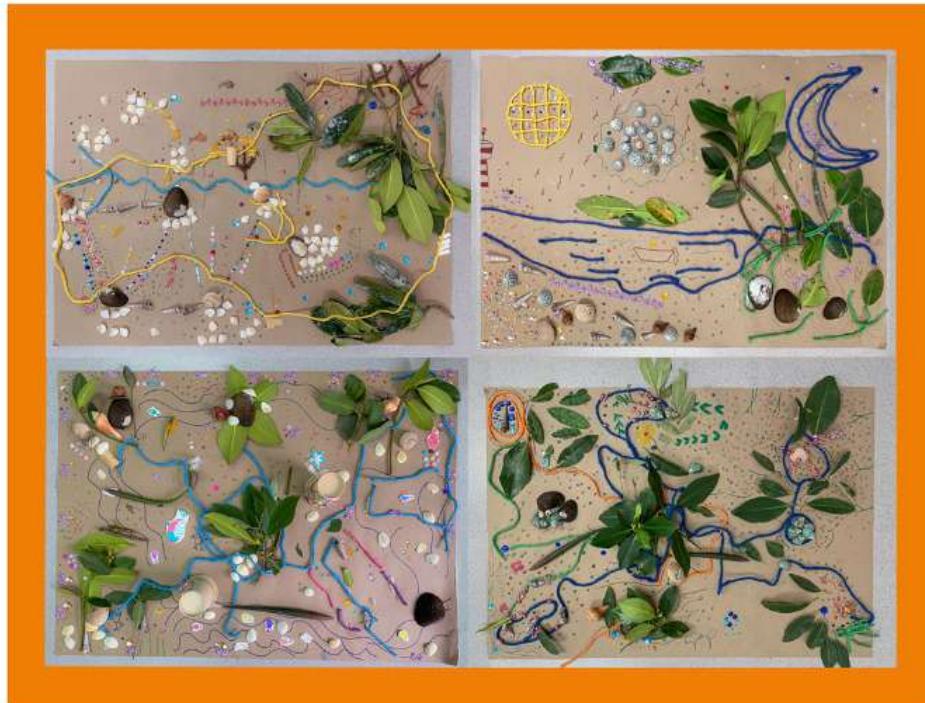
Coordinadora Nacional para la Defensa del Ecosistema Manglar

Escuela Mujeres Rizoma de Vida

Diplomado Cambio Global con énfasis en territorios comunitarios seguros

Módulo 2

Lenguajes y narrativas socio ecológicas en el contexto del cambio global



2025

TRAVESÍA DEL MANGLAR

MARYSE CONDÉ



TRADUCCIÓN: ANA INÉS FERNÁNDEZ

EL SERENO

—¡NO ME SALTÓ EL CORAZÓN! ¡NO ME SALTÓ EL CORAZÓN!

La señorita Léocadie Timothée, maestra de primaria jubilada hacía 20 años, se quedó de pie, una mano en el pecho, la otra en puño a la altura de la boca, y examinó en cámara lenta las imágenes de sus sueños; se remontó hasta la noche de la semana anterior en que las dolencias de su cuerpo gastado —unidas a los ladridos de los perros de su vecino Léo y a los mugidos de las vacas amarradas a una estaca en la selva que colindaba con su propiedad— la habían mantenido despierta hasta las cuatro de la mañana, cuando el antedía, pálido y miedoso, ya se había deslizado con cautela entre las persianas. No. Ninguna señal emergía de las aguas opacas del sueño. Como siempre desde que se iba hundiendo en las profundidades de los años, había soñado con su hermana, que había muerto sin haber probado, ella tampoco, ni las aventuras del matrimonio ni las alegrías de la maternidad, y con su madre, que había probado unas y otras; ambas habían recobrado su buena salud tras la enfermedad y el dolor, en una juventud perenne, y la esperaban de pie en la puerta de entrada, abierta de par en par hacia la Vida Eterna.

No cabía duda: era él.

La cara sepultada en el lodo graso, la ropa manchada; era reconocible por su porte y por su melena rizada, sal y pimienta.

El olor era insoportable y la señorita Léocadie Timothée, de corazón y estómago sensibles, muy a su pesar no pudo retener las náuseas, el hipo, antes de arrodillarse en dos rodillas y vomitar largo y tendido sobre las altas hierbas de Guinea del talud. Como todos los habitantes de Rivière au Sel, ella también había odiado al que yacía ahí a sus pies. Pero la muerte es la muerte. Cuando llega, hay que respetarla.

Hizo la señal de la cruz tres veces, bajó la cabeza y recitó la plegaria de los difuntos. Luego miró a su alrededor, aterrorizada. ¿Por qué le habría dado por cortar camino por esa vereda que no tomaba jamás? ¿Qué la había

empujado a tropezar, con los dos pies, contra ese cadáver? Todos los días, en cuanto caía el sereno, le echaba llave a la casa donde había vivido sola, rodeada de recuerdos, fotos, gatos somnolientos y pájaros que construían sus nidos en el hueco de las pantallas de las lámparas, y salía a tomar el fresco. Caminaba por la inmutable línea recta que unía la villa Perrety — treinta años antes, bella hasta la envidia, ahora en ruinas bajo los árboles carcomidos por las piéchans, por las lianas parásito, abandonada por los herederos que preferían hacer su vida en la metrópoli— al Vivero Lameaulnes, cuya entrada estaba bloqueada por una reja y un cartel que decía: “Propiedad privada”. ¿Qué fuerza había sido más poderosa que esos años y años de costumbre?

Forzó a su viejo cuerpo, aguijoneado por el terror que en ese momento le burbujeaba dentro, y retomó el camino del pueblo. Con el corazón latiéndole tan fuerte que le llenaba los oídos de estruendo, volvió a subir la vereda y encontró, ahora negro por la hora avanzada, entre los helechos arborescentes, el sendero que se reencontraba con el camino a la altura de la capilla de Santa María, Madre de Todos los Dolores.

La casa del muerto se elevaba un poco a las afueras del pueblo, acorralada por la selva que había tenido que replegarse de mala gana unos kilómetros y que se apresuraba, voraz, a reconquistar el terreno perdido. Era una casa hecha de lámina y tablas, mientras que por todo el país, con la desfiscalización, los más pobres se esforzaban por construir en cemento. Parecía que el que la había alzado no se preocupaba en absoluto por lo que los demás pudieran pensar de él. Finalmente, una casa era un lugar para comer, refugiarse de la lluvia y acostarse a dormir. Dos perros, dos dóbermans con pelaje color Satán a los que se había visto degustar pollos inocentes, se abalanzaron ladrando y pelando sus crueles colmillos de marfil. Por eso, la señorita Léocadie se detuvo a la altura de la cerca e infló su voz cascada para lanzar un prudente:

—¿Hay alguien?

Salió un adolescente con la cara cerrada como celda de prisión. Les gritó a las bestias, “¡shu, shu!”, y los monstruos retrocedieron ante algo más violento que ellos. Todavía sin moverse, la señorita Léocadie interrogó:

—¿Alix, está?

El adolescente asintió con la cabeza. Además, atraída por todo el ajetreo, la propia Vilma apareció en el porche. La señorita Léocadie se decidió a avanzar, con el espíritu torturado. ¿Cómo anunciarle a esa joven, a esa niña

a quien había visto bautizar un bello domingo en pleno mes de agosto —lo recordaba bien, lo recordaba— que su hombre yacía en el lodo, molido como un perro? La señorita Léocadie nunca había pensado que un día el Buen Dios, a quien rezaba con tanta devoción sin saltarse ni vísperas ni rosario ni mes de María, le mandaría semejante cruz, semejante prueba al final de sus tantos días. Tartamudeó:

—¿No vino a dormir, verdad?

Vilma ni siquiera pensó en responder con una mentira y, con los ojos húmedos por el agua tibia y salada del dolor, explicó:

—Ni la noche de ayer ni la de antier. Ya van tres noches. Tengo miedo. Mi mamá mandó a Alix a dormir conmigo por si me venían los dolores.

La señorita Léocadie tomó valor a dos manos:

—Déjame pasar, tengo algo que decirte.

Adentro, se sentaron a uno y otro lado de la mesa de madera blanca, y la señorita Léocadie empezó a hablar. Entonces, el agua tibia y salada se desbordó de los ojos de Vilma, recorriéndole a chorros las mejillas todavía redondas de infancia. Agua de dolor, agua de duelo. Pero no de sorpresa. Porque ella lo sabía desde el principio, sabía que ese hombre saldría de su vida de forma abrupta. Por efracción. Cuando la señorita Léocadie acabó de hablar, Vilma se quedó inmóvil, hundida en su silla, como si el dolor cayera con un peso inmenso sobre sus hombros de dieciocho años. Luego volteó a ver a Alix, que había entrado durante la conversación, quizá atraído por ese olor particular de la desgracia, y le preguntó:

—¿Oíste?

Volvió a asentir con la cabeza. Visiblemente no experimentaba otro dolor que el que le causaba la pena de su hermana. Vilma ordenó:

—¡Ve a decirle a mi padre!

Alix obedeció.

Afuera, la noche había llegado a hurtadillas. Más allá del negro follaje de los ébanos y las caobas, la cresta de la montaña ya no se dibujaba contra el cielo. En todas las casas, la electricidad brillaba y los radios mugían las noticias sin lograr cubrir el llanto de los niños. En un desorden de palabras sin significado ni utilidad, los bebedores estaban reunidos en el Bar de Christian y tomaban su ron agrícola, mientras los jugadores golpeaban los dados contra las mesas de madera. Todo ese ruido y toda esa agitación contrariaron a Alix porque, a fin de cuentas, había un hombre muerto en el lodo a mitad de un camino, aunque se tratara de un hombre por el cual ni un

ojo —excepto, quizá, los de Vilma y Mira— derramaría ni una lágrima. Entró al escándalo y al humo de cigarro y, con autoridad, dio unas palmadas. En tiempos normales, nadie le habría prestado atención a ese jovenzuelo. Pero ahí parado, en el ángulo de la barra, tenía tal aspecto que se adivinaba, antes de que abriera la boca, la calidad de las palabras que iban a salir. Negras y pesadas como el duelo. Y fue en medio del silencio que anunció:

—Francis Sancher está muerto.

Los hombres repitieron la frase; los que estaban sentados se levantaron en desorden, los demás se quedaron tiesos donde estaban.

—¿Muerto?

Sin una palabra más, Alix dio media vuelta. Sabía qué pregunta seguía, pero todavía no podía dar esa respuesta:

—¿Quién lo mató?

Mientras Alix caminaba a gran velocidad hacia casa de sus padres, los hombres, que habían abandonado su ron agrícola y sus dados, corrieron a dar la noticia a cada esquina del pueblo; pronto la gente salió en masa al quicio de su puerta para comentar al respecto, aunque nada acongojados, pues cada quien sabía que algún día alguien ajustaría cuentas con Francis Sancher.

El anuncio de Alix surcó con trabajos el espíritu de Moïse, llamado el Zancudo, el cartero, no porque estuviera borracho como cada tercer día, sino porque había sido el primero en Rivière au Sel en involucrarse con Francis Sancher. Y lo hizo en el preciso momento en que este último bajó del camión y le preguntó la dirección de la propiedad Alexis, aunque ahora escupiera cada vez que oía su nombre y se hubiera unido al bando de sus peores detractores. Cuando el significado de la frase iluminó cada rincón de su cerebro, se puso a temblar como hace la hoja sobre la rama en día de gran viento. Ah, entonces Francis tenía razón en tener miedo. Su implacable enemigo lo había olfateado, seguido a la vereda, encontrado, golpeado en la isla de follajes a donde había venido a esconderse. Entonces no había sido un terror tonto y supersticioso, vivaz y sorprendente en un hombre de su condición. Moïse se paró con pesadez, los latidos de su corazón le estremecían su enclenque osamenta, y se precipitó tras Alix.



La luna cerró sus dos ojos cuando voltearon boca arriba, con la cara tumefacta al aire, el cuerpo pesado de Francis Sancher. Las estrellas hicieron lo propio. Ninguna claridad se filtró del cielo mudo.

Alix y Alain inclinaron sus antorchas y alumbraron a sus hermanos mayores, Carmélien y Jacques, de rodillas ante el mal olor. Sylvestre Ramsaran, el padre, se mantenía atrás, con Moïse pegado a su sombra. Carmélien levantó la cabeza y resopló:

—No tiene sangre.

—¿No hay sangre?

Los seis hombres se voltearon a ver, pasmados. Luego, sin demora, Jacques deslizó el cadáver sobre la camilla de bambú e hizo un gesto a sus hermanos para que lo ayudaran. El cortejo se puso en marcha. Entonces, la luna miedosa volvió a abrir los ojos e iluminó cada rincón del paisaje.

Cuando el cortejo alcanzó la casa de Vilma, entre la zanja y el jardín, en el porche se removía ya una multitud de gente, medio curiosa, medio enlutada, que había llegado por la noticia. Había unos directamente interesados. Rosa, la madre de Vilma; los Lameaulnes: Loulou, el dueño del Vivero; Dinah, su segunda esposa, la sanmartinense; Aristide, su hijo, el único de los tres mayores que se había quedado a trabajar en Rivière au Sel, y todos sabían bien el porqué; Joby, el primer hijo del segundo lecho, un muchachillo paliducho que había hecho su confirmación el año anterior. Mira, por supuesto, no estaba, aunque lo contrario habría asombrado, hasta impactado. Pero había muchas otras personas. De hecho, con excepción de Emmanuel Pélagie, que tan pronto como regresaba de Dillon encerraba con llave su Peugeot en su garaje y ni siquiera salía a tomar el fresco al zaguán, todo Rivière au Sel estaba presente. Incluso Sonny, el pobre Sonny, e incluso Désinoir, el haitiano.

De ver a tanta gente, se habría podido concluir su hipocresía, ya que todos, en cierto momento, habían calificado a Francis Sancher de vagabundo y de perro, ¿y qué alguien como él no merecía pudrirse en la indiferencia?

En realidad, la gente había ido principalmente por consideración con los padres de Vilma, los Ramsaran. Ti Tor Ramsaran, tras haberle lastimado un pie a su padre por negarse a darle plantas de caña de azúcar, y luego de haberlo clavado durante tres largos meses en el Hospital General de La Pointe, puso distancia entre su mala acción y él y se instaló en esta región, donde tradicionalmente no había indios. Lo hizo el mismo año que llegó

Gabriel, el primer Lameaulnes, un beké, un blanco descendiente de colonos a quien su familia había corrido de la Martinica por casarse con una negra. Eso debió de haber sido en 1904 o 1905. En todo caso, antes de la Gran Guerra y mucho antes del ciclón de 1928.

Cuando Ti Tor se instaló, había mucha gente que lo ofuscaba y le cantaba con crueldad:

Kouli malaba,
isi dan
pa peyiw.¹

Pero Ti Tor no hizo caso y mantuvo los ojos bajos hacia las dos hectáreas de tierra que acababa de comprar. Esas dos hectáreas se multiplicaron para la generación siguiente, cuando la Fábrica Farjol cerró sus puertas y vendió su terreno pedazo a pedazo. Rodrigue, el hijo de Ti Tor, compró otras 20 y las sembró de plátano, porque la caña ya no servía para nada en el país. Los viejos que habían vivido la Primera Guerra Mundial movían la cabeza:

—¿Qué es Guadalupe hoy, eh? ¡Si ya no hay caña, ya no hay Guadalupe!

Habían sido muchos los que, ante la adquisición de Rodrigue, montaron en ira y gruñeron:

—¿Desde cuándo los indios dictan la ley aquí?

Como los Ramsaran se volvían cada vez más ricos, Rodrigue se mandó construir, en lugar de la casita de madera del norte donde había abierto los ojos, una villa de concreto armado de una planta, rodeada de una veranda con balaustrada de hierro forjado a la que bautizó “L’Aurélie”.

¿“L’Aurélie”? ¿Qué quería decir eso?

Sin embargo, los envidiosos y descontentos no tardarían en enojarse en serio cuando Carmélien, nieto de Rodrigue e hijo de Sylvestre, se fue a estudiar medicina a Francia. ¡Qué! ¡Un Ramsaran médico! ¡La gente no sabe quedarse en su sitio! ¡El sitio de los Ramsaran era la tierra, con o sin caña! Afortunadamente, Dios es grande. Carmélien regresó a toda prisa de Burdeos, donde lo golpeó una enfermedad. Eso era justicia. No hay que creerse la divina garza. La vida hace lo suyo y devuelve al ambicioso a la razón.

Todavía no acababan de burlarse de Carmélien, apodándolo de guasa el “Doc”, cuando él ya había mandado cavar dos estanques en la ladera de las

tierras de su padre para criar acamayas. Quienes de niños las habían pescado con la mano del fondo de los agujeros de agua helada de los ríos, declaraban que ese tipo de cultivo no valía ni el picante ni el cebollín para sazonarlo, pero tuvieron que cerrar la boca cuando todos los hoteles para turistas, de tan lejos como Le Gosier y Saint François, le hicieron pedidos que entregaba en una camioneta Toyota, y cuando una noche en la televisión, en la mismísima Tele Guadalupe, apareció entre los elogios habituales de los productos de Francia un anuncio que repetía:

Cenas para fiesta. Comidas de negocios.
Bodas. Banquetes.
Compre local. Compre acamayas Ramsaran.

El más atónito y enojado de todos en Rivière au Sel fue ciertamente Loulou Lameaulnes, quien, al igual que sus padres y abuelos, jugaba al gran señor detrás de la reja arrogante de su Vivero, que en temporada estaba cubierto de flores color malva de la liana Julie y anaranjadas del hibisco trompeta. Él mismo había pensado en una publicidad televisada para sus flores y plantas. Luego se dijo que lo que era de los blancos había que dejárselo a los blancos. Y ahora llegaba este pequeño Carmélien, al que había visto nacer el mismo año que Kléber, su segundo niño, y le coronaba un peón.

A pesar de estas ligeras tensiones, rencillas y celos, los Ramsaran eran respetados; estaban siempre presentes en las ceremonias; nunca se rehusaban a soltar un billete grande para la fiesta anual ni para el desfile del carnaval. En fin, si algunos de ellos habían conservado la sangre pura y se habían ido a buscar pareja a la región de Grands Fonds, de donde eran originarios, muchos otros se habían casado con gente de familias negras o mulatas de por acá. Así se habían tejido los lazos de sangre.

Hacia las 9 de la noche, con la luna descansando detrás de una nube color tinta que muy pronto —se sentía— iba a explotar de agua, y mientras el señor Démocrite, el director de la escuela, daba permiso de ir por la lona que servía para cubrir el campo de fútbol, el doctor Martin llegó desde Petit Bourg al volante de su lujoso BMW y se encerró un momento a solas con el muerto. Cuando salió, no se le leía nada en la cara. Fue a hablar por teléfono a casa de Dodose Pélagie, quien en vano se quedó detrás de la puerta para pescar la conversación. Según esto, a pesar de las apariencias,

aunque el cuerpo no presentara ni sangre ni heridas, esa muerte no podía ser natural. Entonces, hacia las 10 pm, llegó una ambulancia que dispersó a los curiosos a claxonazos y, durante tres días y tres noches, el cuerpo de Francis Sancher permaneció sobre el mármol frío de una mesa de autopsia hasta que un médico al que llamaron por desesperación formalizó. No había que dejarse exaltar por lo que decían los pueblerinos amantes del ron agrícola. Buscarle tres pies al gato. Quebrarse el coco. Ruptura de aneurisma. Esos accidentes son frecuentes en los individuos sanguíneos que consumen cantidades excesivas de alcohol.

Y así, la tarde del cuarto día, Francis Sancher regresó a su casa; ya no montado en sus dos piernas ni dominando con su estatura a todos los hombres, incluso a los más altos, sino acostado en la cárcel de madera barniz claro de un ataúd con tapa de vidrio. De tal suerte que durante algunas horas pudo apreciarse todavía su bocaza cuadrangular. Colocaron el ataúd sobre la cama, cubierto de flores frescas traídas profusamente del Vivero, en la más grande de las dos habitaciones, bajo las tres vigas “Pan, Vino, Miseria” que, en vida, habían sido testigo de los fecundos retozos de Francis Sancher con sus sucesivas mujeres y a las que el plumero no molestaba jamás. Mientras que los hombres se quedaban sentados en los bancos, protegiéndose del agua que caía a cántaros del techo roto del cielo sobre la lona del señor Démocrite, riendo y contando chistes, las mujeres trajinaban, cociendo el caldo graso con la carne de res que los Ramsaran de Grands Fonds, ricos ganaderos, les habían traído a sus parientes en duelo, sirviendo rondas de ron agrícola, acomodándose en círculo piadoso en torno al lecho fúnebre para recitar las plegarias.

Hacia las 4 de la tarde apareció Mira; nadie la había visto desde que dio a luz, entregada a su belleza resplandeciente antes que a su vergüenza. Estaba enflaquecida, caminaba a pasos tímidos como si luchara contra su corazón y a duras penas lograra dominar sus sobresaltos. Cuando entró, hubo un gran movimiento de curiosidad. Todas las cabezas se levantaron, todos los ojos la apuntaron, todos los dedos olvidaron pasar las cuentas del rosario. ¿Cómo, cómo se iba a comportar delante de la que se había deslizado en la misma cama que ella? Sin embargo, todos aquéllos que esperaban un escándalo sacrílego en un momento así, quienes ya imaginaban en su mente una escena impactante para contar en el transcurso de las noches subsiguientes, vieron frustrada su avidez. Mira no volteó ni a diestra ni a sinistra; se contentó con fijar su mirada sin ira, con infinita

compasión, en el rostro de aquél que se había burlado de ella; luego tomó su lugar en el círculo piadoso de las rezadoras.

Hay tiempo para todo, hay bajo el cielo un momento para cada cosa. Hay un tiempo para nacer y uno para morir; un tiempo para plantar y un tiempo para cosechar lo que se plantó; un tiempo para matar y un tiempo para sanar; un tiempo para gemir y un tiempo para saltar de gozo. Hay un tiempo para lanzar piedras y un tiempo para recogerlas.

El cielo empezó a ennegrecerse.

Poco después que Mira, llegaron de Petit Bourg Lucien Évariste, a quien llamaban el Escritor aunque no hubiera escrito nada, y Émile Étienne, a quien llamaban el Historiador aunque no hubiera publicado más que un folleto que nadie había leído: *Hablemos de Petit Bourg*. El primero llegó en un camión llamado “Cristo, tú eres el Rey”, cuyo chofer se persignó a escondidas, hizo un rodeo y apagó el motor para detenerse despacio bajo la bóveda de los árboles; y el segundo, manejando su conocido Peugeot. Los dos habían sido grandes amigos de Francis Sancher, cosa que no sorprendía a nadie: en el caso de Lucien, un borrego que le había roto el corazón a su mamá, pero que sorprendía mucho en el caso de Émile, cuyo oficio debió haberlo incitado a cosas más serias.

¿En qué momento se percataron de la presencia de Xantippe, refundido en una esquina del porche, inmóvil, silencioso, con los ojos enrojecidos como brasas sobre una vasija? ¿Desde cuándo estaba ahí? ¿A qué hora había llegado? Nadie sabría decirlo. Le gustaba deslizarse sin hacer ruido entre la gente. Era como cuando se había instalado en los alrededores de Rivière au Sel, poco después de la llegada de Francis Sancher, un mes de octubre en que la lluvia no había dado tregua. Un buen día, lo habían visto ponerles guías a los ñames con toda tranquilidad y se supo que vivía en Trois Chemins de Bois Sec, en una choza en la que, en otro tiempo, antes de que la empresa Butagaz golpeara de muerte su comercio, una pareja de carboneros, Justinien y Josyna, se albergaba una vez al mes para quemar palo de Campeche.

La choza de planchas remendadas era de techo bajo; la luz le entraba por una única abertura. ¿Cómo un ser vivo podía refugiarse ahí? La presencia de Xantippe siempre causaba un verdadero malestar. Inmediatamente, los ruidos se apagaron en un lago helado de silencio y algunos vislumbraron echarlo fuera. Pero la puerta de un velorio no se bloquea: se deja abierta de

par en par para que todos se abalancen. Muy pronto, algunos retomaron sus bromas y risas. Otros, en silencio, se pusieron a pensar en Francis Sancher, chupeteando sus recuerdos como ancianos.

Afuera, amarrados a los ébanos, los dos dóbermans, que habían adorado a su amo y que nadie había pensado en alimentar, aullaban de hambre y desesperación.

Y la luna brillaba orgullosa detrás de la cortina mojada de la lluvia. ☾

Nota

¹ Culí malabar, éste no es tu país.



AGUAS DE ESTUARIO

VELIA VIDAL

MEDELLÍN, mayo 25/2015

Ya sabes, soy justamente como el Pacífico. Tengo esa manía de estar en calma y de repente armar unas olas grandes y fuertes, que golpean y cambian al final el paisaje. Cosas que le pasan a la gente, los giros de la luna, o simplemente la vida, me han hecho tomar una decisión que a muchos les parece extraña, pero que para nosotros es casi obvia. Y quiero contártelo anticipadamente.

A partir de la primera semana de julio, mi marido, mis gatas y yo ya no viviremos más en Medellín. Seremos habitantes de Bahía Solano. Nos vamos a vivir el sueño mientras lo hacemos.

Me gustaría contarte todo esto personalmente, poder ver tu rostro mientras te hablo, y que vieras el mío. Disfruto mucho escribirte, pero mirarte mientras te hablo es como leerte dos veces.

Te contaré un poco más:

Hace un par de años decidimos que íbamos a volver. Y el año pasado hicimos un plan a cinco años. Veníamos trabajando en ese plan. Mi trabajo estaba muy bien, y decidimos además que mi marido buscaría un empleo, mientras seguía trabajando con el pescado que traíamos de Bahía Solano.

A mi marido no le salió ningún trabajo y yo empecé a aburrirme en el mío. Luego pasó que a la mamá de Juana le detectaron cáncer en etapa avanzada, que Luis Miguel tuvo ese infarto, y yo me tomé eso como muy en serio y dije: no puedo estar donde esté aburrida, hay que hacer cosas todos los días para estar felices y tranquilos a la hora de partir, con lo que sea que nos dé tranquilidad. Entonces decidí renunciar. Y lo que seguía era buscar algo que me hiciera más feliz, o que me diera tranquilidad, porque con el tiempo he ido descubriendo que la felicidad es eso, poder sentirme tranquila, librarme de los pendientes en la vida, incluso de los sueños aplazados.

A todo esto, lo sabes bien, se suma la insistencia de la endocrinóloga de bajarle al estrés, para ver si eso favorece mi tratamiento de la enfermedad de Graves. Mi marido me insinuó que no teníamos que esperar cinco años para irnos; podíamos ir construyendo todo mientras lo vivíamos. Y que las cosas básicas debían resolverse allá o acá. La ventaja sería que allá tendríamos el mar para calmarnos cada vez que las cosas se pusieran difíciles. Nos pusimos a hacer cuentas, a consultar cosas de nuestras obligaciones, y todo empezó a fluir. Eso nos pareció una buena señal, así que decidimos irnos.

Tenemos unos recursos para resolver las cosas de un par de meses, y estamos ahora evaluando distintos negocios para invertir y ponernos a trabajar.

Básicamente el sueño ha contenido siempre:

Vivir simple, estar cerca al mar, volver a estar cerca de mi abuela (ese es mío, pero mi marido me apoya porque sabe cuánto me importa), hacer una casa autosostenible, seguir consolidando la familia que tenemos, tener tiempo para leer y escribir, servir a nuestros vecinos (hay muchas formas de servir), tener una fuente de ingresos sólida que nos permita financiar esta vida con todo lo que incluye (como viajar siempre que sea necesario).

Ahora puedes concluir las razones del cambio, si es por aspiración, por deseo.

Me gustaría que nos tomáramos un café antes de irme. Por aquello de vernos y leer, además para darte un abrazo; al fin y al cabo, uno no se cambia de ciudad tan seguido y menos después de quince años viviendo en el mismo lugar.

Besos,
Vel

QUIBDÓ, octubre 4/2015

Hola,

Sé que han pasado meses sin escribirte. Quizás fue suficiente la breve conversación telefónica de septiembre, el día que te conté que estaba hospitalizada porque había adquirido una bacteria en el Litoral del San Juan. Me llamaste tan rápido que no estaba segura de si habías leído bien mi mensaje. Creo que luego te puse un mensaje para contarte que me dieron de alta y que me iba de nuevo, después de once días de hospitalización. Una visita de veinticuatro horas para volver a ver a mi esposo se convirtió en una estancia llena de antibióticos, porque los veinte años de vivir por fuera del Chocó me hicieron débil.

En el tiempo que llevo acá, además de la bacteria que me tuvo hospitalizada, me dio chikungunya, me salieron hongos en la piel y paños en la cara. Como si tuviera poco con mi enfermedad de Graves y el cansancio, el desaliento y las taquicardias que me produce a veces.

Debo contarte, a propósito de la enfermedad, que como respuesta a los exámenes del mes pasado que envié por correo, Olga, la endocrinóloga, me dijo «Por favor no vuelvas nunca más».

La semana pasada estuve en Pizarro, puedes verlo en las fotografías. Queda justo donde el río Baudó desemboca en el Pacífico. Aquí completé mis tres meses de aventuras en el Chocó. Llegar allá es complejo, dos horas en carro de Quibdó a Istmina, casi tres horas de Istmina a Puerto Meluk por una carretera en pésimo estado y luego otras dos horas y media en lancha por el río Baudó. Recorrió parte del Alto San Juan, del Medio y el Bajo Baudó. Una parte del Chocó que no conocía. Fue fascinante reconocer nuevos paisajes de esta tierra tan mía pero que me falta tanto por conocer. El Río Baudó y sus aguas que me parecieron enigmáticas, la inmensidad de

los manglares de Pizarro. También la soledad de las veredas que se han ido quedando solas por la presión de los grupos armados.

También fue doloroso, me encontré de frente con un caso de malos manejos con la comida de los niños. Tuve que sacar mi parte más fría, enfrentar la situación y empezar a remediarla. Apenas empiezo a encontrarme con la parte fea, dura, en esto de hacer una supervisión al Programa de Alimentación Escolar. Tengo mucho que aprender. De suerte estaba cerca del mar, con su fuerza. De suerte en ese mismo lugar conocí personas especiales, transparentes, luchadoras.

No te he contado bien cómo acabé haciendo esta labor, pero ahora no quiero hablarte de eso.

Besos,
Velia

BAHÍA SOLANO, octubre 31/2015

Las labores de la supervisión del programa de alimentación me llevaron ahora a Juradó. Vine ayer, estoy en Bahía Solano. En Juradó conocí a Simón y a Jodier.

Simón se pinta la media cara de rojo porque su mamá le enseñó que de esa manera se engañaba el diablo y entonces ya no lo podía asustar. Cuando grande Simón, que tiene nueve años, quiere ser soldado. A Simón le gusta la Jagua, pintura indígena en el cuerpo, a Jodier no. Jodier tiene ocho años y cuando sea grande quiere ser feliz. Jodier y Simón son primos, viven en Buenavista, una comunidad indígena a orillas del río Jampabadó, muy cerca de la frontera con Panamá.

Jodier y Simón me entregaron la batea que me regalaron en su comunidad. Una batea que hizo un anciano y que durante muchos años les sirvió para preparar la chicha. Viajé con mi batea de regreso a la cabecera municipal de Juradó, luego más de dos horas en lancha hasta Bahía Solano, y ahora tendrá un espacio en mi casa. Una casa que aún no se construye, pero que ya tiene garantizado un lugar para las historias.

La conversación con Simón sobre la jagua me hizo pensar en mis demonios, y me pregunto por los tuyos también, porque todos tenemos nuestros demonios. Simón tiene la Jagua, ¿cómo espantaremos nosotros nuestros demonios? ¿Cómo espantas los tuyos?

QUIBDÓ, febrero 12/2016

Hay algo que llamo Ausencia de mar. Es una sensación particular, una secuencia de emociones únicas que me llegan cuando ha pasado mucho tiempo sin encontrarme con el mar. Tiene algo de ansiedad, y es tan corporal —lo percibo en la piel— que podría también hablar de escalofríos. Me hace sentir una nostalgia que me pone al borde de la tristeza aunque sean días alegres. Entonces cada poro mío me reclama, y puedo saber a ciencia cierta que lo que me hace falta es el mar. Vernos, tocarnos, el mar y yo. Así que cada vez que tengo esa sensación debo salir corriendo al sitio más cercano donde por fin nos toquemos. Por ausencia de mar he viajado a Capurganá, a Necoclí y, por supuesto, a Bahía Solano en algunas ocasiones.

Hace mucho tiempo que no te escribía, no sé a ciencia cierta por qué, pero estoy acá porque empiezo a tener una sensación parecida a la ausencia de mar. En este caso sería como ausencia de ti. Intentaré ponerte al día con lo que ha pasado en este tiempo.

Por los días que estuve en Juradó había decidido venirme a vivir a Quibdó. Cinco días después de esa última carta que te escribí, organicé las pocas cosas que tenía en Bahía y me vine a Quibdó. Alquilé un apartamento central, y mi esposo me envió ahora sí el trasteo desde Medellín.

Ya traje a mis gatas, y ahora vivimos las tres, Mandarina, Sasha y yo, en esta ciudad caliente a orillas del Atrato. No tenía pensado regresar a esta ciudad, no me trae los mejores recuerdos de la infancia, pero muchas cosas han cambiado, no en Quibdó, sino en mí, entonces ahora la veo diferente.

Hace cuatro días soy la nueva jefa de comunicaciones de la Cámara de Comercio del Chocó. Parece que me hubiese quitado los shorts y las chanclas y me hubiese encerrado en una oficina, pero no es así. Es una gran oportunidad que me permite ver más cerca la casa de los sueños junto al mar, mientras puedo servir a mi tierra.

Mañana arranco un diplomado en promoción de lectura y, con él, mi proyecto Motete. Ya elegimos tres sectores de Quibdó donde empezaré a hacer los talleres.

La vida sigue siendo verde y azul. Desde diciembre no veo el mar, en parte porque vamos a ir a Brasil en agosto, a los Juegos Olímpicos, como lo soñamos hace años, entonces estamos sumando nuestros recursos a esta apuesta. Ya tenemos tiquetes y hospedaje. Vamos muy bien. Entonces aplacé un par de encuentros con el mar acá, para encontrarme con el de Río de Janeiro en agosto.

Me llamaron de Microempresas de Colombia para que les ayude en unos temas de comunicaciones. El lunes viene alguien de Medellín que es con quien suelo comunicarme. Te contaré qué pasa al fin. Me gusta mucho.

Te mando un abrazo,
Vel

Daniela Catrileo

Sutura de las aguas

Un viaje especulativo
sobre la impureza

KIKUYO  editorial

«Las palabras desconocidas representan
un abismo vertiginoso
pero fecundo, un abismo que contiene
todo lo que se me escapa,
todo lo posible»

Jhumpa Lahiri, *En otras palabras*.

Los archivos

La pantalla de mi computador exhibe múltiples ventanas: diccionarios del mundo, mapas antiguos, documentos de la Inquisición y crónicas coloniales. Sobre el escritorio, un arsenal de papeles y libros reposa, esperando su turno al tacto. Durante este tiempo, he intentado macerar la información reunida para proponer un comienzo de la deriva investigativa, un trazo viajero que me acerque a una posible genealogía de la palabra champurria. En algún momento, pensé en iniciar mi indagación con una metáfora de las comidas y su mixtura, explicar los procesos culinarios y mencionar los ingredientes que conforman las recetas que guardan solícitas la memoria de resistencia indígena mezclada con la influencia ibérica.

Tal vez, relatar los platos que han viajado de territorio en territorio, arrastrando consigo cuerpos, experiencias y luchas imbuidas en estofados latinoamericanos. Luego, abandoné esta idea, aunque no del todo, pues en gran parte este ensayo es sobre aquello: el trayecto de una palabra que no ha dejado de ser reappropriada, devorada y regurgitada para continuar su cauce y, aunque no tenga una resolución clara de su etimología, todavía laten conjeturas y controversias enardecidas

alrededor suyo, como en muchos otros términos de uso coloquial.

En un texto futuro retomaré aquellas epistemologías culinarias con mayor profundidad.

También hilaré la totalidad de los documentos analizados, sin premura.

Por ahora, en estas páginas, ofrezco una zambullida por la palabra champurria, una lectura sucinta sobre una investigación más extensa, que me tuvo un par de años atrapada removiendo archivos en su «abismo vertiginoso», como precede Jhumpa Lahiri en la cita de entrada. Dedicada en la incansable recolección de huellas que pudieran donarme alguna señal o evidencia de su composición, a continuación encontrarán inscripciones inquisitoriales, diccionarios chinos y de lenguas bisaya, documentos revueltos que junto a sus autorías navegaron desde el sudeste asiático hasta el Océano Pacífico.

En relación a ello, este ensayo fragmentario es una invitación preliminar a un viaje pendiente, un apretón de manos como promesa porvenir.

Encuentro y tropiezo de las aguas

Quizás debería comenzar invocando un sonido: la cadencia de dos líquidos que se encuentran, o también, colisionan. Porque la mixtura es un choque, es un tropiezo. Todo revoltijo conlleva un enfrentamiento de los elementos, un desorden, un gesto que no necesariamente es pasivo.

Podemos imaginar el punto exacto donde se cruzan dos ríos. Podemos ver ese espacio en un mapa, durante un viaje o en los territorios que habitamos. Pero, cuando nos concentraremos en el instante sonoro de la intersección, ¿percibimos qué transformaciones hay en el ritmo, en la resonancia de cada elemento? ¿Somos sensibles a las vibraciones acústicas que permanecen en aquella convergencia?

Quizás hoy, con los tiempos de la vorágine, sea más difícil seguir la estela del sonido que testimoniar la huella que los afluentes han dejado en forma de estrías sobre la tierra. Tal como señala Jean-Luc Nancy

primero hay que imaginar su sonido.

en su libro *A la escucha*: «Lo visual persiste aun en su desvanecimiento, lo sonoro aparece y se desvanece aun en su permanencia».

Sin embargo, ambos son parte de una posibilidad del lenguaje al reclamar su existencia, ya que tanto el ruido como la estría pueden configurar un sentido. Un caso ejemplar son los célebres relatos de Pascual Coña dictados al fray Ernesto Wilhelm de Moesbach, donde hace referencia a su territorio de nacimiento, nominado Rauquen hue. Coña utiliza la partícula «rau» como expresión onomatopéyica del constante ruido de las olas en la playa para formar su toponimia. De esta manera, percibe la característica del territorio desde un gesto sensible, una posibilidad estética: el lenguaje de las olas en su movimiento adquiere sentido en la nominación.

Lo sonoro es parte del extravío o la deriva investigativa, ante todo, para pensar sensiblemente en una onomatopeya que, en su pulsión viajera, conforma un término para señalar una diferencia. Y para aproximarse a esa orilla, primero hay que imaginar su sonido. Me refiero a la palabra champurria, expresión revoltosa, nómada y fronteriza, cuya errancia ha permitido su apropiación y resignificación en múltiples territorios, incluso en Wallmapu.

Nombrar un intersticio

Champurria es un término controvertido en diversos sentidos, ya sea por su etimología, procedencia o significado. Esta controversia puede atribuirse a la amplitud de su uso y a su constante movimiento. Sin embargo, al cruzar y analizar la información en diccionarios, crónicas coloniales y estudios lingüísticos, arribamos a un mismo lugar de partida: la Península Ibérica. Lo más probable es que esta palabra se haya difundido en diversos territorios de Abya Yala mediante el castellano antiguo de los conquistadores durante el proceso de invasión y colonización. Asimismo, a pesar de las complejidades del término, decir champurria es sencillamente referirse a una mezcla.

Al indagar en su etimología y travesía, es inevitable nadar entre el vaivén de las olas, y es muy posible que lo que resta de su pasado sea una onomatopeya: la raíz «chap», cuyo significado es el ruido que hace el agua al impactar con algún elemento o también el sonido de dos flujos que se mezclan. De ahí provienen las nominaciones en castellano

«chapotear» o «chapu-zón», entre otras construidas con el sonido /c^/.

Según la lexicógrafa María Moliner, este sonido contiene un valor expresivo o imitativo, conformando palabras que manifiestan una actitud afectiva o intencional del sujeto. Por tanto, estos términos pueden utilizarse para imitar, sugerir un movimiento, llamar o expresar desprecio.

Podemos encontrar esta palabra escrita de diferentes formas en diversos países: chapurao, champurrado, chapurreat, chapurria, chapurrau, chapurreao, xapurreau, xapurreat, chapurrear, japurriar, champurria, entre otras.

Todas con múltiples significados. Sin embargo, en su diversidad, todas ellas hacen referencia a una acción común:

algo mezclado
algo contaminado en el contacto entre elementos
algo que se encuentra revuelto
lenguas, líquidos, alimentos, cuerpos.

Así, el champurrar ibérico mediante el viaje, se manifestó indígenamente en el champurrado. Entonces, la expansión de lo champurria es una consecuencia de las estéticas coloniales, en tanto, revolvió las formas sensibles prehispánicas en la

aproximación con un Otrx. La colisión los forzó a utilizar esa palabra para nominar la contaminación.

Champurra como traducción, como balbuceo, como confusión.

Chapurrear idiomas, alimentos, cuerpos. Mezclar, invadir, confundir, perder.

Encontrar la palabra para el choque, para el punto exacto en que la punta de una lengua se tropieza con la otra. Se difunde y se usurpa, se traga a sí misma, justamente ante el desorden, ante el desconcierto y, tal vez, ante el desasosiego. Y como expresión errante, no ha dejado de viajar, de transformarse, de arrojarse a existir para nominar un intersticio.

Me interesa introducir la idea de mixtura como colisión, como resto que permanece en el sentido de la palabra. De alguna forma, es como si aquella resonancia líquida que nominó al encuentro sobreviviera con porfía y tenacidad en su presente de impureza.

Escribe:

lo que si sé es que los dos han estado
siempre juntos en mi vida, uno resonando
con el otro, a veces de forma irónica, a veces
con nostalgia, casi siempre comentándose y
corrigiéndose el uno al otro. Los dos pueden
parecer mi primer idioma absoluto, pero
ninguno lo es.

Yo estoy segura de que mi primer idioma
no fue el mapudungun; no obstante, me
siento cercana a esa confusión, a aquella
inestabilidad, en el sentido de que algunas
palabras siempre estuvieron allí, como parte
de una atmósfera entremezclada. En el interior
del hogar, había palabras que nunca escuché
de la boca de mis compañeros del colegio.
Y, tal como dijo Said, «nunca fui consciente
de tener que traducirlas, o [...] de saber
exactamente qué significaban».

Hay una lengua que se entrecruza y se
enreda

va de un costado al otro,
intentando hablar

¿Cómo llamar a las cosas del universo
con esta lengua inquieta,
bastarda, diáspórica, porfiada?

Esta lengua va montándose sobre otras,
fluyendo, va caudalosa uniéndose con otros
arroyos, hasta componer un recuerdo común,
una memoria de lenguas heridas que se

encuentran. Pequeños susurros que emergen del mapudungun a tropezones en la ciudad, colgando del barrio periférico, anclados a los cuerpos que se han diseminado en sus derivas migratorias.

Aparecen cobijados en una junta familiar, en las plazas públicas y en muros cargados de grafitis multicolor. Brotan como almácigo en una cancha de tierra, mientras un grupo de pu lamngen — hermanos y hermanas — juega palin. Arremeten en el encuentro con Otrxs, quienes, desde los acantilados del lenguaje, se saludan con un: «¡Mari mari lamngen, ta kuifi!» Y luego pasan al habla popular, al lenguaje coloquial, al lenguaje hipotético, como diría Raúl Ruiz.

Desde la infancia habitó ese lugar intermedio donde aprendí que mi lengua no estaba sola, sino que se multiplicaba cada vez que aparecía una voz subterránea y escondida: el mapudungun. Idioma hablado a tientas por el abuelo, o por algunos parientes, generalmente en días de fiesta, de reunión familiar.

Un saludo, un recuerdo, un territorio.

Un trocito de lengua salpicada que se arranca y decide existir.

Sin embargo, nunca estuvo en plenitud. Sus apariciones fueron fantasmales en un manto de cotidaneidad, la lengua naufragaba una y otra vez, hasta sumergirse y volver a

desaparecer. De esa manera, entre palabras chilenas, aparecían esbozos de palabras mapuche. A veces tímidas y otras en la ebullición del ülkantun, el canto de mi abuelo, cada vez que le venía la pena de no tener con quién dialogar.

Escribo en pasado, aunque ese pasado esté entre nosotrxs.

Escribo en pasado, porque hoy el mapudungun tiene otra presencia en la mesa familiar.

En nuestro caso, como gesto de protección ante el odio, mi abuelo no permitió que sus hijos e hijas hablaran mapudungun en la ciudad. No sé si fue un acuerdo tácito o una orden explícita, por su carácter silencioso. Tiendo a pensar que fue lo primero. Una decisión que se va ensayando mientras se experimenta la forma de vida en otro territorio, tanteando, explorando, como quien asoma la cabeza fuera del agua después de un extenso nado en lo profundo.

Acabo de escribir «por su carácter silencioso», ahora que las ideas se agolpan y encadenan unas a otras, creo que esta percepción también está mediada por la experiencia. Mi abuelito siempre me pareció un hombre sigiloso, todo lo contrario a los relatos que cuentan de él, donde es protagonista de viajes cruzando la cordillera al Puelmapu, o capitán del equipo de palin en su comunidad.

Tal vez, en su lengua madre, tiene otro ritmo, otra manera de aproximarse a los demás.

Aunque esta sensación también se incrementa frente a la fiesta o al bullicio que somos los demás en su casa.

Por estos hechos, nuestra generación warriache de nietas y nietos no creció como hablante. A pesar de aquello, la lengua se arrancaba, mixturando el lenguaje y, por tanto, nuestras vidas. De alguna forma, las palabras mapuche están presentes como hermosos cometas que atraviesan nuestros días con el halo de la memoria, pues por más que se intente velar, no se puede huir de la forma en que se aprende a conocer el mundo.

Ahí, a pesar de no estar fluyendo en una larga conversación, aparecen centelleos tiernos de la lengua obstinada, de la lengua champurria.

Con más potencia hoy, porque cada vez que nos encontramos iniciamos un diálogo con lo que he aprendido durante los últimos años. Escucho su mapudungun y así practico la cadencia de lo sonoro, porque cada territorio tiene sus matices en la lengua.

La primera vez que me atreví a escribir una palabra en mapudungun fue después de soñarme con mi abuelito en nütram. Una frase él, una frase yo. Un silencio y una escucha. Desde ese primer pewma, nunca ha dejado de estar presente nuestra lengua en mis sueños.

Entonces, el vocablo champurria, siempre estuvo ahí. Junto a muchas otras palabras que eran parte de nuestro léxico común, nuestra memoria heredada. No supe hasta años después que esta palabra contenía un tono peyorativo, que incluso era concebida como un insulto por algunos sujetos en la sociedad mapuche. Tampoco sabía que no provenía del mapudungun y que, más bien, era una apropiación o un préstamo lingüístico, como tantos elementos que llegaron con la invasión.

Al menos, en casa nunca la recibimos como ofensa.

Dudo que mi padre la ocupara como un agravio contra sus hijxs, al contrario. Creo que al pronunciarla trazaba una diferencia empírica entre él y nosotrxs, entre su mapuchidad y la nuestra. Sin pretensiones, me enseñó una multiplicidad dentro de lo mapuche. Aunque él y yo somos parte del mismo pueblo, también tenemos experiencias disímiles.

Él nació en su ruka, llegó al mundo en manos de su abuelita partera Rosa Curaqueo Ñanco. Creció en su lof, alimentándose de lo que el bosque le brindaba y de lo que su padre y madre cosechaban. Creció junto a sus hermanas, se escondió de los helicópteros intrusos entre la hierba. Desde pequeño se dedicó a cuidar a los animales en la cima de las lomas y aprendió pronto lo que significaba

la muerte. Luego, tuvo que migrar a Santiago y olvidar a la fuerza.

Tuvo que entender otra forma de percibir el mundo para sobrevivir al racismo.

Con estas pequeñas menciones de su biografía, trazo una distancia abismal con la mía.

Nací de madre chilena en un hospital público que hoy se encuentra amenazado por la narcocultura. Crecí entre los blocks de un barrio empobrecido, también aprendí de la muerte demasiado pronto, aunque con otro significado. Muchos de mis excompañeros de colegio fueron baleados y asesinados, pero, al menos, tuve lugar y un tiempo para el juego. No me tocó crecer a la fuerza siendo todavía una niña.

No idealizo ninguna de nuestras vivencias.

Me interesan sus pliegues, sus contradicciones.

Sus fuera de lugar.

Tampoco pienso en jerarquías puristas o competencias de subalternidad. Sólo intento armar un mapa roto, tan roto, aunque sea con esquirlas. Tal como nuestros Títulos de Merced familiar que observo mientras escribo. Testimonios materiales de la ocupación de Wallmapu que nos dejaron acorralados en reducciones.

1. FRANCISCO ÑANCO

Nº904 / Hijuela N° 182 de 186 has.

38 per.

—1903—

Departamento de Imperial

lugar, Quilaco

Anotado en el tomo IV del libro de actas en la
página 458 bajo el número 895-

Anotado en el tomo II del Registro Conservador
en la página 425 bajo el número 858-

Se hizo Título i se le entregó el 21 de novbre.
de 1905.

Estos son documentos de principios del siglo XX, redactados por las instituciones chilenas posterior a la expoliación del Estado y que a pie de página inscriben:

“a ruego del indígena por no saber firmar”

Intento forjar una cartografía a jirones, donde imagino que él, ñi chaw, está en un extremo del cauce diciendo:

—Mi pichidomo, mi pequeña, tú eres champurria.

Y yo, le respondo, desde el otro lado del río:

—Íñche ta champurria, papá.

Tal vez este proceso de construcción de una experiencia, me entregó la seña de una falta y me otorgó la noción encarnada de sentirme justamente entre dos afluentes.

Intersticio champurria como puente entre aguas

Retorno a la cadencia de las aguas para metaforizar una sensación fronteriza; creo que se aferra más fielmente a lo que podríamos denominar una sensibilidad champurria. Por ello, quiero retomar la idea del tropiezo o del encuentro de los elementos líquidos. Volver a su posible etimología para imaginar el sonido, para oír la resonancia de las aguas que se encuentran. Porque intento proponer que lo champurria, no es una frontera con muros ni con fiscalización migratoria, sino que es un intersticio, un espacio entre dos cuerpos, por donde podrían haber más puentes que controles policiales.

Y aunque parezca una extrañeza poética, no es tan difícil de imaginar.

Hace pocos años, un grupo de investigadores descubrió que en la anatomía humana existe un órgano de gran extensión situado bajo nuestra piel, al que por su forma llamaron *interstitium*. Una especie de panal

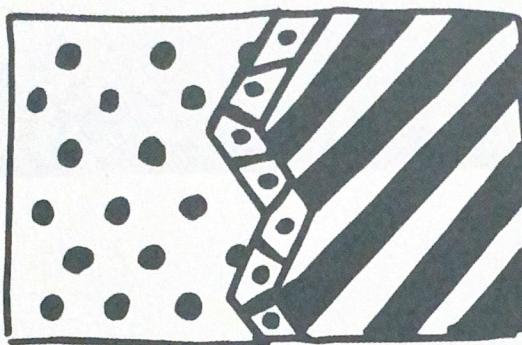
que interconecta cada unos de sus ínfimos compartimentos colmados de líquido. Esta red en perpetuo movimiento evita el desgarramiento de otros órganos y, a la vez, disemina o riega células de otros tejidos. Lo paradójico es que no lo habían descubierto antes por la metodología con que se observan los filamentos en el microscopio, ya que se cortan en pequeños fragmentos y, al hacerlo, se interviene con químicos que drenan los fluidos. Y sin fluidos, los compartimentos del intersticio se derrumban como cualquier otra estructura¹.

En otras palabras, el intersticio es también un tejido vincular. No está separado de nuestro cuerpo, de nuestra piel ni de los otros órganos y sistemas. Al contrario, está en constante relación, en permanente comunicación.

Esto no es muy diferente a algunas reflexiones presentes en el proyecto colectivo bilingüe *Palabras migrantes* (2019) de Verónica Gerber, resultado de su trabajo en talleres de dibujo y escritura con jóvenes estadounidenses y migrantes. Me interesan especialmente las referencias y definiciones contradictorias con la palabra «frontera», más allá del evidente contexto de vigilancia y persecución que envuelve aquel concepto.

1 Datos de Revista Nature y Scientific Report. a new study co-led by an NYU School of Medicine. 2018

Un grupo lo define como «el espacio 'entre' que define las diferencias», otros apuntan a «un espacio que tiene elementos de ambos lados». En el texto se adjunta un dibujo que en un extremo tiene puntos, en otro rayas, y al medio, una combinación de ambos símbolos. Algo como esto:



El problema es que en esa mixtura de rayas y puntos sigue existiendo una separación, un lugar inalcanzable porque inmoviliza. No existe vínculo entre las figuras.

Lo que torna inaccesible una frontera no es su combinación, sino la suspensión de oleadas: la represa. En otras palabras, los estados y sus aparatos de control.

Creo que para pensar una frontera como intersticio, como entre conector, hay que imaginarla como el lugar de «intersección y de mezcla» como apunta Gerber. Aunque bajo los escenarios actuales de guerra, ocupación

y crisis política, parece una idea inverosímil. Arrancar el barniz nocivo que ha adquirido ese término nos aleja de la noción que deseo imaginar sobre lo champurria. Por ello, para este ensayo, continuaré con la imagen de la estructura vincular:

el intersticio como puente,
amalgama,
sutura de las aguas.

Lo champurria como producción sensible

En la sociedad mapuche, no hay un consenso del uso de lo champurria como una reivindicación. Aquello es más bien un fenómeno reciente y ha tomado fuerza en voces mapuche que provienen de la diáspora, la experiencia warriache y la esfera artística-literaria. Este tipo de discursos ha sido evidenciado mediante encuentros, obras, entrevistas, comentarios en redes sociales o investigaciones académicas, exhibiendo posturas que reflejan cierto orgullo, gracia² o posicionamiento político.

Sin embargo, el uso de la palabra desde una posición no-esencialista genera sospechas entre quienes sostienen y defienden un discurso más tradicional. Esto es una constante con algunos temas que parecen horadar una supuesta naturaleza o identidad fija en nuestro pueblo. Lo contradictorio es que

2 Pienso específicamente en la proliferación reciente de páginas dedicadas a los memes dentro de la sociedad mapuche, donde con humor e ironía, se tratan temas políticos y artísticos de relevancia para nuestro pueblo. La cuestión champurria también es parte de las publicaciones y discusiones permanentes en redes sociales, sobre todo en Facebook e Instagram.

la palabra todavía se utiliza, ya sea para hablar de: mixtura (comidas, licores, lenguas), para marcar una diferencia (como lo hace mi padre) o para referirse a la condición de impureza como un insulto.

Esto último es decirle a unx Otrx: no eres tan mapuche.

Pareciera que lo que no gusta es la reivindicación política para plantear una diferencia al interior de la sociedad. Me refiero a la reappropriación de la ofensa para subvertir el símbolo negativo de la mezcla y la posibilidad de ser mapuche y de ser champurria al mismo tiempo. Esto, por supuesto, tiene múltiples aristas. La herida colonial ha desencadenado diversas estratagemas de defensa para la resistencia y sobrevivencia de los pueblos colonizados. Ya lo señalaba Gayatri Spivak cuando refería al «esencialismo estratégico» en su famoso ensayo *¿Puede hablar el subalterno?*, como una acción colectiva concreta³.

Es decir, aquí lo champurria señala una falta o, como señala Gerber sobre los sujetos biculturales, la imposibilidad de «deshacerse de su elemento foráneo, [porque] pertenece a medias a dos lugares». Y su resignificación es exhibir aquellas costuras, los filamentos en desorden, sin vergüenza de la impureza como autodenominación, para así desactivar

3 No obstante, años después en una entrevista G. Spivak tuvo que hacer reparos ante su propuesta por las oleadas esencialistas que se amparaban en la reducción del término.

Coordinadora Nacional para la Defensa del Ecosistema Manglar
Escuela Mujeres Rizoma de Vida
Diplomado Cambio Global con énfasis en territorios comunitarios seguros
Sílabo

Módulo 2

Lenguajes y narrativas socioecológicas en el contexto del cambio global

Maestro/a: Yuliana Ortiz Ruano

Título de la clase: Construcción de historias: La travesía del manglar

Duración total: 8 horas

Modalidad: Presencial

Fecha: Viernes 25 de julio de 2025

1. Objetivo de la clase

Fomentar procesos de lecto-escritura creativa a partir de experiencias de vida en los manglares, reconociendo los saberes ancestrales, las memorias del agua y los vínculos entre cuerpo, territorio y comunidad como formas valiosas de producción de conocimiento y resistencia cultural.

2. Contenidos

Hora 1-2:

- Presentación del taller, creación de un espacio de confianza.
- Breve introducción a los derechos al libro, la lectura y la mediación artística.
- Lectura en voz alta de fragmentos seleccionados de *La travesía del manglar* de Marysé Condé.
- Conversación colectiva sobre territorio, desplazamiento y comunidad.

Hora 3-4:

- Lectura de fragmentos de *Aguas de estuario* de Velia Vidal.
- Territorio e historia, el Chocó biodiverso.
- Diálogo sobre el cuerpo en el agua, el trabajo de animación a la lectura y la memoria familiar.
- Lluvia de ideas sobre experiencias personales en los estuarios.

Hora 5-6:

- Lectura compartida de *Sutura de las aguas* de Daniela Catrileo.
- Ejercicio de escritura guiada: evocación de recuerdos, sonidos, aromas y emociones del manglar.
- Inicio de redacción de textos personales (cartas, relatos, poemas).

Hora 7-8:

- Lectura voluntaria de los textos creados.
- Retroalimentación afectiva y colectiva.
- Cierre del taller con palabras de cada participante: ¿qué se llevan?, ¿qué quisieran seguir contando? ¿cómo aplico lo aprendido en mis espacios cotidianos?

3. Actividades

- Lectura en voz alta de fragmentos literarios.
- Conversaciones comunitarias guiadas.
- Escritura de textos breves inspirados en experiencias propias, utilización de herramientas de la ficción. Hacer de lo cotidiano materia de imaginación.
- Espacios de lectura compartida y reflexión grupal.

4. Herramientas metodológicas

- Enfoque de pedagogía sensible y situada.
- Círculos de palabra.
- Escritura creativa como herramienta de memoria y ficción.
- Afectividad y horizontalidad como principios pedagógicos.
- Lectura literaria como detonante de lo autobiográfico y territorial.

5. Materiales y recursos

- Fragmentos impresos de las obras seleccionadas.
- Cuadernos, lápices, colores.
- Grabadora o celular para registro de voces (opcional).
- Láminas o mapas del manglar local.
- Hojas de trabajo para ejercicios de escritura.
- Proyector y pantalla de proyección.

6. Evaluación

- Participación activa en las actividades propuestas.
- Escucha respetuosa y aporte en las conversaciones colectivas.
- Creación de un texto personal vinculado a la experiencia territorial.
- Capacidad de reflexión sobre los vínculos entre cuerpo, comunidad y naturaleza.
- Entrega de los textos producidos al final del taller.

Indicadores de Aprendizaje

- Participación activa y reflexiva
- Producción colaborativa de materiales
- Capacidad de vincular lo aprendido con la práctica cotidiana
- Propuesta de soluciones o acciones situadas

Bibliografía vinculada

Condé, Marysé. La travesía del manglar.

Vidal, Velia. Aguas de estuario.

Catrileo, Daniela. Sutura de las aguas.

Horas de seguimiento: 8